

1967? 1541

( Discurso del Presidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile, Senador Patricio Aylwin, en la sesión de clausura del Congreso Mundial de la Democracia Cristiana en Lima, Perú)

Señor Presidente, compañeros delegados, amigas y amigos del Perú:

Es un alto

honor hablar en esta sesión de clausura en nombre de las delegaciones de América Latina. Lo asumo con emoción, como un testimonio más del caudal generoso de afecto y de confianza con que los demócratas cristianos chilenos estamos siendo permanentemente alentados por nuestros compañeros de América y de Europa.

Se no podría comenzar mis palabras de esta tarde sin soltar la rienda al caballo para expresar a todos Uds. lo mucho que les agradecemos y el mucho bien que nos hacen con la solidaridad, con la preocupación que demuestran los demócratas cristianos de este y del otro lado del Atlántico, en relación con la experiencia chilena. El aplauso con que en esta sala se recibió el mensaje del Presidente Frei anudó nuestras gargantas y las preguntas que con cordial asiduidad nos hacen a cada instante sobre lo que está ocurriendo en Chile, son prueba de comprensión y fraternidad que nos estimula y nos compromete. Concientes de nuestras limitaciones, os aseguramos que no defraudaremos la confianza puesta en nosotros y que cumpliremos la tarea que el pueblo de Chile nos encomendó.

Es la misma

tarea de los demócratas cristianos del mundo entero. Es la misma tarea que nos ha tenido aquí reunidos estos días. Es el empeño de construir en nuestras Patrias una sociedad justa y libre, mediante una revolución humana, con sentido humano y al servicio del ser humano.

Porque uno de

los rasgos más dramáticos de nuestro tiempo es la deshumanización de la vida. El hombre cada vez más parece ser objeto y no sujeto de la historia. Es esclavo de necesidades que no puede satisfacer. Es esclavo de condiciones injustas que le impiden ser plenamente persona. Los progresos de la civilización no siempre lo benefician, porque las estructuras económicas y políticas no le permiten el pleno acceso a esas ventajas. En el sistema capitalista es esclavo del dinero. En el sistema comunista es esclavo del Estado.

Nosotros,

por ser cristianos, creemos en el hombre, queremos que sea verdaderamente libre. Por eso luchamos por el cambio de las estructuras que se oponen a la liberación

del hombre. Por eso interpretamos el anhelo profundo de las grandes masas populares que, muchas veces sin saberlo, son devotas cristianas. Por eso estamos ciertos de constituir la mejor respuesta a los grandes problemas que afligen a la humanidad contemporánea.

Pero no bastan los principios; son necesarios los hechos. No hay liberación del hombre sin desarrollo y sin solidaridad. De ahí el tema de este congreso.

Hemos definido el desarrollo como un proceso sostenido y continuado de incorporación de las grandes masas de población marginal al beneficio de los gozos y satisfacciones sociales y su elevación y acceso a los niveles de poder y decisión. Hay quienes no conciben el desarrollo sin el impulso del afán de lucro y creen que sólo la libre empresa, movilizadora por el espíritu de ganancia, puede inculcar el desarrollo del pueblo. Otros no se imaginan el desarrollo sino como obra del Estado omnipotente, que impone una tiranía que sacrifica generaciones implacablemente al logro de las metas preconcebidas. Nosotros creemos en el desarrollo como un proceso social de progresiva participación del pueblo en las ventajas de la civilización y en el ejercicio del poder.

Nosotros creemos en el desarrollo como obra del pueblo organizado a través de las comunidades de base, bajo la dirección del Estado. Este tiene la misión de rector del bien común y como tal debe planificar, señalar metas y orientaciones y con la actuación y cooperación de todos los sectores, entre ellos de la empresa privada, movilizar las energías de los pueblos y extraer las riquezas naturales para crear condiciones de bienestar y de justicia para la gran masa de los seres humanos. Pero nosotros entendemos que no hay desarrollo sin justicia social, porque el desarrollo no consiste sólo en aumentar <sup>la</sup> riqueza de los pueblos. El desarrollo consiste al mismo tiempo en distribuir adecuadamente esa riqueza, con justicia para todos. Y nosotros entendemos que el desarrollo no es un regalo, un regalo que nos ha de llegar como consecuencia de la abundancia capitalista; nos va a llegar del extranjero; el desarrollo es una conquista que deben realizar nuestros propios pueblos.

Pero esto requiere solidaridad. Solidaridad entre todos los sectores de un mismo pueblo, para unir sus esfuerzos en la ejecución de su tarea. Solidaridad entre los pueblos de todo un continente y de todos los continentes, porque en este mundo de nuestros días, cada vez más pequeño, nadie puede creer que

está libre de la suerte de los otros y que pueda permanecer al margen del destino de la humanidad. Solidaridad, sobre todo, entre los pueblos que constituyen el mundo desarrollado y los pueblos que constituirían lo que se llama el mundo en desarrollo. Porque nuestro destino es solidario, porque Uds., camaradas y amigos europeos, saben que su prosperidad, que la tradición milenaria de su cultura y que todo lo que Uds. representan para la humanidad, puede estar en gravísimo peligro si el llamado mundo subdesarrollado no encuentra un camino libre para conquistar la justicia y la prosperidad, para salir de la desgracia y de la miseria.

Nos unen a todos los aquí <sup>p</sup> presentes principios comunes, principios que tienen sus fuentes en la enseñanza evangélica, principios milenarios. Pero no seríamos francos si no reconociéramos que nos suelen separar las circunstancias a que debemos aplicar esos mismos principios. Lo acaba de hacer un instante el señor Pierre Pliaphlin: tenemos que aplicar los mismos principios a realidades diversas. Los problemas de Europa desarrollada son unos; nuestros problemas son otros. Pero nuestros principios son lo suficientemente fecundos para admitir soluciones que inspiradas en ellos mismos, con el aliento de la misma doctrina, con la fraternidad de hermanos en la fe y en el ideal, dan solución en Europa al problema de la libertad y en América al problema de la justicia. Tenemos que procurar ecuaciones comunes. Hemos avanzado, pero es indudable que no todo lo necesario. Tenemos que ahondar mucho más. Iniciativas como este Congreso, tan interesantes, tan fecundo en conclusiones, deben ser complementadas en seminarios de estudio, para ir progresivamente identificando nuestros puntos de vista frente a problemas concretos, encontrando una mayor comprensión recíproca.

No podemos rehuir el tema de nuestras relaciones con Estados Unidos de Norteamérica. Porque somos amigos de los Estados Unidos, debemos hablar con franqueza. Esas relaciones plantean, no una cuestión de ayuda, sino un problema de justicia. El problema de los términos del intercambio, el problema de la acción de las grandes empresas en las economías subdesarrolladas, son problemas que nosotros tenemos que afrontar. Y estos problemas no se afrontan doblando el espaldas, sino que se afrontan levantando la cara y tratando con igualdad e inteligencia.

Nosotros creemos que es posible una colaboración real, una solidaridad

efectiva, más allá de los términos de una mera ayuda entre el pueblo Norteamericano y el resto del mundo. Pertenezcamos al mundo occidental. Estamos unidos por valores en que creemos ellos y nosotros. Formamos parte de una misma comunidad cristiana. Frente a los que vociferan contra el imperialismo agitando como bandera, pero que no son capaces de traducir sus posiciones en forma concreta para ayudar a nuestras economías, nosotros estamos haciendo más por la independencia económica de nuestros pueblos al propiciar la integración de América Latina y al poner en ejecución fórmulas, como por ejemplo la de chilenización del cobre, que está realizando en Chile el Gobierno del Presidente Frei.

Yo quiero decirles esta noche con la más profunda convicción que mientras otros a pretexto de liberar a sus pueblos los han sometido o entregado al imperialismo de otros, nosotros en Chile estamos propiciando la verdadera independencia económica mediante la política de la asociación del capital nacional, del Estado chileno, en el manejo de las grandes compañías del cobre, mediante el control por el Estado chileno del comercio internacional del cobre, mediante la incrementación de la refinación del cobre en Chile, mediante el proceso de la industrialización de nuestra Patria, para que no venda sólo materias primas, sino que también materias elaboradas.

Yo no quiero quitarles tiempo narrando lo que estamos haciendo en Chile, pero con profunda modestia debo contar brevemente algo de lo que significa lo que está realizando la Revolución en Libertad. Se trata de un proceso de cambio social con desarrollo económico. No pretendemos en estos 6 años del primer gobierno democrático cristiano realizar todos los ideales de la Democracia Cristiana, ni construir en Chile en 6 años la sociedad comunitaria. La política exige realismo y hemos concebido un programa que señala una etapa, la primera etapa, para el proceso de la construcción de la sociedad comunitaria.

Primera etapa que significa cambio social mediante la redistribución de ingresos, para que la minoría que recibe la mayor parte del ingreso nacional contribuya al bien común de modo más oneroso, considerablemente más oneroso, y las grandes mayorías campesinas y proletarias que constituyen la masa de la población chilena y que reciben la menor parte del products, dupliquen su ingreso en el curso de 10 a 15 años. Es un proceso progresivo en que los que

perciben menos aumentan más, los que tienen ingresos intermedios aumentan menos y los que en el reparto de la torta se llevan hasta ahora la mejor parte, tendrán que disminuir su cuota y contribuir al bien común como se está haciendo en Chile, por primera vez, con el impuesto al patrimonio, que ha constituido una forma eficaz de que los ricos paguen.

Cambio social mediante la educación a todos los niños de Chile, en una educación básica que el primer año de Gobierno pudo extenderse a 200.000 niños, que significó 5.000 nuevos profesores y 6.000 nuevas salas de clase, en un esfuerzo superior al que se había hecho en los 6 años anteriores.

Cambio social mediante la meta de construir viviendas para todas las familias; cambio social mediante la incorporación del campesinado a la vida cívica, a la vida cultural, al bienestar humano; cambio social mediante la organización del pueblo. Este es un aspecto fundamental de nuestro proceso revolucionario: el pueblo organizado participa en el ejercicio del poder. A través de las juntas de vecinos, a través de los sindicatos, a través de las cooperativas, a través de los centros de madres, a través de los comités de campesinos, se va integrando, tomando conciencia de sus responsabilidades, va pasando a ejercer una parte del poder y asumir sus derechos y deberes.

Junto con esto, una política económica en que participa el Estado y la iniciativa privada, en que no se cierran las puertas, sino que son abiertas, a la inversión extranjera que respete las leyes chilenas y la soberanía nacional. Una política de estímulo a las exportaciones y una política de reforma agraria que haga realidad esa afirmación perentoria, tan proclamada y tan poco vivida, de que la propiedad es un derecho natural del hombre. ¡ Cuánta farsa hay en la afirmación de que la propiedad es un derecho fundamental, cuando las grandes mayorías no tienen acceso a este derecho ! Por eso es que a través de la reforma constitucional y la reforma agraria, estamos, en la Revolución en Libertad, extendiendo el derecho de propiedad de las mayorías y haciendo a los campesinos propietarios de las tierras.

Comprendemos que son muchas las limitaciones y que cometemos muchas fallas, cometemos muchos errores. Un gran americano dijo alguna vez: "nada perfecto ha salido de la mano del hombre". Esta frase del ilustre Bello nos libra de la tentación de las grandes palabras. Sabemos que no hay una revolución fecunda sin método y sin disciplina.

No puedo terminar sin expresar, en nombre de los chilenos y en nombre de todos los latino americanos, nuestro agradecimiento más cordial a los dirigentes de este Congreso, a la comisión organizadora, a nuestro camarada Cornejo Chavez, a todos los camaradas de este país, al pueblo peruano entero, por la hospitalidad con que nos ha recibido, por la generosidad con que nos han atendido, por esa fineza que ha llegado a expresarse en la atención que nos brindó el Excelentísimo señor Presidente de la República Arquitecto señor Belaúnde. Gracias, amigos Peruanos.

Y para terminar, yo quiero decirles que nos vamos de este Congreso, que naturalmente no ha sido perfecto, no obstante el esfuerzo desplegado, porque nada sale perfecto de la mano del hombre, nos vamos con la fe renovada. La lucha es dura, los obstáculos son grandes. Pero en el consorcio de cada jornada, la confianza del pueblo y la conciencia de nuestra responsabilidad nos reanima cada día. Estamos enfrentando el apasionante desafío que Dios puso a la creatura humana: conquistar su libertad mediante el ejercicio de la justicia.